

Saki

El Método
Schartz-
Metterklume

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL MÉTODO SCHATZ-METTERKLUME

SAKI

**PUBLICADO: 1914
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

EL MÉTODO SCHARTZ-METTERKLUME

Lady Carlotta bajó al andén de la pequeña estación de campaña y se dio un par de vueltas arriba y abajo por su aburrida longitud, para matar el tiempo hasta que el tren tuviera a bien continuar su marcha. Entonces, en el camino de más allá, vio a un caballo que se debatía bajo una carga más que generosa, y a un carretero de esa clase que parecen albergar un odio sombrío contra el animal que los ayuda a ganarse la vida. Lady Carlotta se encaminó sin más dilación hacia el camino y dio a la situación un cariz bien distinto. Algunas de sus conocidas solían amonestarla con profusión acerca de lo poco conveniente que resultaba entrometerse en favor de un animal en apuros, ya que semejante intromisión «no era asunto suyo». Solo en una ocasión había puesto en práctica la doctrina de la no injerencia, cuando una de sus más elocuentes defensoras había permanecido sitiada durante casi tres horas en un espino pequeño y sumamente incómodo por un verraco furioso, mientras Lady Carlotta, al otro lado de la valla, continuaba con la acuarela que tenía entre manos y se negaba a interponerse entre el verraco y su prisionera. Es de temer que perdió la amistad de la dama finalmente rescatada. En esta ocasión solo perdió el tren, que dio muestras por primera vez de impaciencia a lo largo de todo el viaje y partió sin ella. Sobrellevó el abandono con filosófica indiferencia; sus amigos y familiares estaban más que acostumbrados al hecho de que su equipaje llegase sin ella. Telegrafió un vago mensaje sin compromiso a su destino para comunicar que llegaría «en otro tren». Antes de que tuviese tiempo de pensar cuál sería su próximo movimiento, se encontró ante una dama de porte imponente que parecía estar realizando un prolongado inventario mental de su ropa y su aspecto.

—Usted debe de ser la señorita Hope, la institutriz a quien he venido a recoger —dijo la aparición, en un tono que dejaba muy poco margen para la réplica.

—Muy bien, si debo serlo, lo seré —se dijo Lady Carlotta con peligrosa mansedumbre.

—Soy la señora Quabarl —continuó la dama—; y ¿dónde está, si puede saberse, su equipaje?

—Se ha extraviado —dijo la supuesta institutriz, adhiriéndose a la excelente regla de vida según la cual los ausentes son siempre los culpables; el equipaje, en realidad, se había comportado con perfecta corrección—. Acabo de telegrafiar sobre el asunto —añadió, acercándose algo más a la verdad.

—Qué contrariedad —dijo la señora Quabarl—. Estas compañías ferroviarias son tan descuidadas. De todos modos, mi doncella podrá prestarle cosas para esta noche —y se dirigió hacia su automóvil.

Durante el trayecto hasta la mansión Quabarl, Lady Carlotta fue presentada de manera solemne a la naturaleza del cargo que le había sido encomendado; supo que Claude y Wilfrid eran jóvenes delicados y sensibles, que Irene tenía el temperamento artístico muy desarrollado, y que Viola era algo o lo otro por el estilo, de ese molde igualmente corriente entre los niños de su clase y época en el siglo XX.

—Deseo que no solo los *enseñen* —dijo la señora Quabarl—, sino que los *interesen* en lo que aprenden. En las clases de historia, por ejemplo, debe procurar hacerles sentir que están conociendo las historias de vida de hombres y mujeres que realmente existieron, y no que simplemente están memorizando un cúmulo de nombres y fechas. El francés, naturalmente, es pero que lo hable en las comidas varios días a la semana.

—Hablaré francés cuatro días a la semana y ruso los tres restantes.

—¿Ruso? Querida señorita Hope, nadie en esta casa habla ni entiende el ruso.

—Eso no me importará lo más mínimo —dijo Lady Carlotta fríamente.

La señora Quabarl, por emplear una expresión coloquial, quedó descolocada. Era una de esas personas sin plena seguridad en sí mismas que resul-

tan magníficas y autocráticas mientras nadie las contradice en serio. La menor muestra de resistencia inesperada contribuye en gran medida a reducir las al amedrentamiento y la disculpa. Cuando la nueva institutriz no expresó admiración reverente hacia el automóvil grande, recién adquirido y caro, y aludió con ligereza a las ventajas superiores de uno o dos modelos que acababan de salir al mercado, el desconcierto de su patrona llegó a ser casi vergonzoso. Sus sentimientos eran los que debían de haber animado a un general de los tiempos bélicos de la Antigüedad al ver a su elefante de combate más pesado expulsado ignominiosamente del campo por honderos y lanceros.

En la cena de aquella tarde, aunque reforzada por su marido, que solía secundar sus opiniones y prestarle apoyo moral en general, la señora Quabarl no recuperó ni un ápice del terreno perdido. La institutriz no solo se sirvió copiosamente de vino, sino que habló con considerable despliegue de conocimiento crítico sobre distintos asuntos de añadas, en los cuales los Quabarl no estaban en absoluto en condiciones de erigirse en autoridades. Las institutrices anteriores habían limitado su conversación sobre el tema del vino a una expresión respetuosa y sin duda sincera de preferencia por el agua. Cuando esta llegó al extremo de recomendar una bodega en cuyas manos no podía uno equivocarse demasiado, la señora Quabarl consideró que había llegado el momento de reconducir la conversación hacia cauces más habituales.

—El canónigo Teep nos facilitó unas referencias muy satisfactorias sobre usted —observó—; un hombre muy estimable, a mi parecer.

—Bebe como una cuba y le pega a su mujer; por lo demás, un personaje muy entrañable —dijo la institutriz con toda la calma del mundo.

—¡*Querida* señorita Hope! Confío en que exagere usted —exclamaron los Quabarl al unísono.

—Hay que reconocer en justicia que existe cierta provocación —continuó la fabuladora—. La señora Teep es, con mucho, la jugadora de bridge más exasperante con la que me he sentado jamás; sus salidas y declaraciones justificarían cierto grado de brutalidad en su compañero, pero emparla con el contenido del único sifón de agua con gas de la casa en una tarde de domingo, cuando era imposible conseguir otro, denota una indiferencia hacia la comodidad ajena que no puedo pasar por alto del todo. Tal

vez me considere precipitada en mis juicios, pero fue prácticamente a causa del incidente del sifón por lo que me marché.

—Hablaemos de esto en otro momento —dijo la señora Quabarl con premura.

—No volveré a aludir a ello jamás —dijo la institutriz con determinación.

El señor Quabarl aportó una bienvenida distracción al preguntar qué estudios se proponía inaugurar la nueva instructora al día siguiente.

—Historia, para empezar —le informó.

—Ah, historia —observó él con aire de sabiduría—; al enseñarles historia debe tener cuidado de interesarlos en lo que aprenden. Debe hacerles sentir que están conociendo las historias de vida de hombres y mujeres que realmente existieron...

—Ya le he dicho todo eso —interrumpió la señora Quabarl.

—Yo enseño historia según el método Schartz-Metterklume —dijo la institutriz con altanería.

—Ah, sí —dijeron sus interlocutores, considerando oportuno fingir conocer al menos el nombre.

* * * * *

—¿Qué estáis haciendo aquí fuera, niños? —exigió saber la señora Quabarl a la mañana siguiente, al encontrar a Irene sentada con expresión más bien hosca en lo alto de la escalera, mientras su hermana estaba posada en una actitud de abatida incomodidad en el alféizar que había detrás de ella, casi cubierta por una alfombra de piel de lobo.

—Estamos dando una clase de historia —llegó la inesperada respuesta—. Se supone que yo soy Roma, y Viola ahí arriba es la loba; no una loba de verdad, sino la figura de una que los romanos tenían en gran estima, no recuerdo por qué. Claude y Wilfrid han ido a buscar a las mujeres harapientas.

—¿Las mujeres harapientas?

—Sí, tienen que llevárselas. No querían, pero la señorita Hope cogió una pala de frontón de papá y dijo que les daría una buena tunda del número

nueve si no lo hacían, así que han ido a hacerlo.

Un griterío fuerte e indignado procedente del jardín arrastró a la señora Quabarl hasta allí a toda prisa, atemorizada de que el castigo amenazado estuviese ya en vías de ejecución. El alboroto, no obstante, provenía principalmente de las dos hijas pequeñas del guarda, que estaban siendo arrastradas y empujadas hacia la casa por los jadeantes y desgredados Claude y Wilfrid, cuya tarea se veía aún más dificultada por los ataques incesantes, si no muy eficaces, del hermanito de las muchachas capturadas. La institutriz, pala de frontón en mano, estaba sentada con aire negligente sobre la balaustrada de piedra, presidiendo la escena con la fría imparcialidad de una diosa de la guerra. Un coro furioso y repetido de «¡Se lo diré a mi maaaaá!» se elevaba de los niños del guarda, pero la madre del guarda, que era algo sorda, estaba en ese momento absorta en la preocupación de su tina de lavar.

Tras lanzar una ojeada aprensiva en dirección a la caseta del guarda (la buena mujer estaba dotada del genio sumamente combativo que a veces es prerrogativa de la sordera), la señora Quabarl voló indignada en rescate de los cautivos que forcejeaban.

— ¡Wilfrid! ¡Claude! Soltad a esos niños inmediatamente. Señorita Hope, ¿qué significa todo esto, por Dios?

— Historia romana temprana; el rapto de las sabinas, ¿sabe? El método Schartz-Metterklume consiste en que los niños comprendan la historia representándola ellos mismos; así se les queda grabada en la memoria, ¿sabe? Claro que, si gracias a su intromisión sus hijos pasan por la vida creyendo que las sabinas lograron escapar en última instancia, no puedo considerarme responsable.

— Puede usted ser muy lista y muy moderna, señorita Hope — dijo la señora Quabarl con firmeza —, pero le agradecería que se marchase en el próximo tren. Su equipaje le será enviado en cuanto llegue.

— No sé con exactitud dónde estaré los próximos días — dijo la instructora de jóvenes recién despedida —; puede guardar mi equipaje hasta que le telegrafe mi dirección. Solo son un par de baúles, unos palos de golf y un cachorro de leopardo.

—¡Un cachorro de leopardo! —exclamó la señora Quabarl con un grito ahogado. Incluso en su marcha, esta persona extraordinaria parecía destinada a dejar una estela de turbación a su paso.

—Bueno, ha dejado un poco de ser cachorro; está ya más que a medio crecer, ¿sabe? Un ave al día y un conejo los domingos es lo que suele comer. La carne cruda lo excita demasiado. No se moleste en mandar el coche a buscarme; me apetece bastante caminar.

Y Lady Carlotta se alejó a grandes zancadas del horizonte de los Quabarl.

La llegada de la auténtica señorita Hope, que se había equivocado en cuanto al día en que debía presentarse, causó un revuelo al que aquella buena señora no estaba en absoluto acostumbrada a suscitar. Evidentemente la familia Quabarl había sido lamentablemente engañada, pero la noticia trajo consigo cierto alivio.

—Qué fastidio para ti, querida Carlotta —dijo su anfitriona cuando la invitada con retraso llegó por fin—; qué fastidio tan grande perder el tren y tener que pasar la noche en un lugar extraño.

—Oh, en absoluto —dijo Lady Carlotta—; nada de fastidio... para mí.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB